

Francisco Merlo Torres

Biscucuy

Saguazadas y memoriadas



LESH
EL PERRO
y LARANA

crónica y poesía



Biscucuy

Saguazadas y memoriadas



EL PERRO
y LA RANA

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2026

© Francisco Merlo Torres

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21,
El Silencio
Caracas - Venezuela 1010

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroylarana@gmail.com

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Edición y corrección
Alejandro Moreno

Diagramación y diseño de portada
Ámbar Hernández

Imagen de portada
Antigua casa de los Torres Azuaje y de los Merlo Torres,
de Nelly Águeda Merlo.

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-5904-0
Depósito legal: DC2026000095

Francisco Merlo Torres

Biscucuy

Saguazadas y memoriadas

Presentación

Biscucuy: saguazadas y memoriadas, una obra que deviene en el tiempo. Tiempo tan simbólico en la misma, como cada uno de sus personajes, a través de los cuales se va dando el especial hilo narrativo del pueblo de Biscucuy. Del pueblo de ayer y de hoy. De mi Biscucuy, que es mi historia y la de todos.

Pues, cada uno de ustedes está representado en el maestro, en el niño, en la escuela, en la plaza, en el río, en Las Taparas, en Estrellón, en Argimiro, en Barrio Ajuro, como en toda su poesía.

De esta manera, y en tal escenario, presento mi segunda compilación de relatos, cuyo principal protagonista es Biscucuy. Relatos que son ustedes; su sentir, sus miradas, sus palabras, sus costumbres y su andar, en una misma tierra, que nos envuelve y nos hace únicos.

Biscucuy, a sus 247 años, nos sigue regalando su nobleza, su ser recio de historia, como le apuntaló El Maestro Gamarra al Catire Pancho. Por tanto, a través de la historia y mirada, del Maestro y El Catire, le regalo a Biscucuy y a todos, mis memoriadas. Así, como ya les había regalado mis *Saguazadas*.

Hoy, les presento y dedico esta segunda obra, tan anecdótica como histórica, tan biscucuyense, tan pie de monte, tan venezolana, y tan cargada de sincretismo como de universalidad.

Deseo la disfruten, tanto como yo he disfrutado escribiéndola para ustedes: *Biscucuy: saguazadas y memoriadas*.

EL NEGRO MERLO

Dedicatoria

Dedico, este mi segundo libro a Dios todopoderoso. A mis amadas hijas: María Alejandra, María Eugenia y Nelly Mercedes; a mis amados hijos: Francisco Javier, Manuel Alejandro y Américo; a mis amados nietos y nietas: María Gabriela, Francisco David, Brandon Alejandro, Sebastián David, María José, Samuel David, Jesús Daniel, Kamila Anellys, Amy Marianny y Jesús Francisco; y a mi amada bisnieta: Mariángel Victoria. A mí esposa Angélica Villegas, a mí nuera Rosana González, a mi hermana Nelly Águeda, a mis sobrinos y primos. A mis entrañables amigos de la niñez, la adolescencia y la juventud, muy especialmente a Simón Olinto y Miguel Ángel Briceño.

A mi amado Biscucuy, a mi patria Venezuela.

A la revolución bolivariana y chavista.

A la memoria de todos mis seres queridos, muy especialmente a mis padres: Soilo Merlo y Matilde Torres de Merlo, y a mi abuela Luisa Torres.

Y, a la memoria de mi querida prima y hermana: Marleny Fernández Torres (Marlene), quien también vivió intensamente a Biscucuy.

A todos ellos, *Biscucuy: saguazadas y memoriadas*.

Prólogo

Adentrarse en la lectura de *Biscucuy: saguazadas y memoriadas*, es leer a Biscucuy y al Negro Merlo, en el sentir único del Catire Pancho. Un sentir vívido, que transita por cada objeto de su afecto, descrito en todos sus relatos. Así, situando la memoria de su amado pueblo en sus saguazadas y en su poesía.

De esta manera, El Negro Merlo continúa forjando la historia, la cultura y la riqueza literaria del hermoso pueblo biscucuyense. Habiendo presentado ya su primer libro: *Saguazadas*.

La riqueza literaria y lingüística local del Negro Merlo viste al pueblo de Biscucuy de una particular crónica. La misma, representada en vivencias cotidianas desde su niñez. Soñando y degustando, siempre, la historia, la literatura, la poesía, el arte, el cine, el baile, el deporte (el boxeo), la rebeldía y la libertad. Pues, desde niño, manifestó gran gusto por todo ello y por la lectura. Siendo un infante, ya había degustado grandes clásicos de la literatura. Un rebelde y voraz lector.

La obra escrita del Negro Merlo es una crónica de la cotidianidad, de lo anecdótico, en un marco histórico-cultural muy prominente para cada generación de biscucuyenses.

Por ello, invito a leer y sumergirse en este su segundo libro. Pues, se encontrarán con un Biscucuy entrañable. El Biscucuy circundado por dos ríos, el que se fue poblando, el que se levantó de las cenizas, el que resistió los embates de la dictadura gomecista. El Biscucuy de la primera escuela, el del Pan de Pobre, el de los primeros barrios, el de las *Saguazadas*.

El Biscucuy que llegó a ser olvidado durante mucho tiempo. Pero que, hombres como El Maestro Gamarra, Argimiro y El Catire Pancho, han encarnado, avivando su historia hasta el presente.

MARÍA ALEJANDRA MERLO LÓPEZ

El Maestro

La escuela y la enseñanza en la población de Biscucuy, comienzan formalmente con el joven maestro Guillermo Gamarra Marrero, en el año 1924. Sus apellidos: Gamarra, por su padre, Emilio, y Marrero, por su madre, Victoria.

Nació el 5 de mayo de 1903, en la población de Guanare, estado Portuguesa; específicamente, en el barrio Curazao. En ese tiempo, gobernaba el país el general Cipriano Castro, un presidente nacionalista, a quien el pueblo apodaba “El Cabito”, tal vez por su baja estatura.

“El Maestro Gamarra” como lo llamaban, se casó con la señorita María Obdulia Durán González, proveniente de notable familia biscucuyense, con quien procreó doce hijos: Ana, Clemencia, Gladys, Iván, Senda, Gema, Stalin, Ney, Beatriz, María Victoria, Nora y Nancy Gamarra Durán.

Llegó el maestro por primera vez a Biscucuy muy joven, en el año 1924; contaba para entonces con 21 años. Llegó en plena dictadura ignominiosa del general Juan Vicente Gómez. Casi un muchacho, llega para cumplir la tarea de docente. Y funda, así, la primera escuela de Biscucuy, la que originalmente se constituyó en su casa de habitación. Iniciándose, la misma, con ocho alumnos y, aún no denominada con su actual nombre.

Pasado el tiempo, esta escuela fue mudada a un lugar alejado a su casa, frente a la plaza Bolívar, en un local, propiedad de Don Gabriel Orellana y familia, desde donde se divisaba, a escasos metros, el legendario Pan de Pobre, árbol emblemático

del pueblo, hoy patrimonio histórico intangible de Biscucuy. En esta primera escuela se dieron todos los grados, desde primero hasta sexto.

Definitivamente, la escuela fue mudada a una nueva construcción, que hoy es su sede actual, inicialmente conocida con el nombre de Carlos Rangel La Cruz, oriundo de Boconó. Posteriormente, fue inaugurada con su nombre actual: Escuela doctor Jaime Cazorla, nombre que le fue asignado sin ningún sentido histórico formal de ninguna relevancia. Se le denominó así por apresuramiento. Porque a quien encargaron las autoridades de turno, de dirigirse a Caracas, a llevar los requisitos y recaudos exigidos para la constitución de la escuela ante el ministerio de educación, no llevaba pendiente el nombre para su debida protocolización de rigor. Y, para salir del apuro, porque debía ser ese mismo día que legalmente se constituiría dicha escuela; entonces, sin más preámbulos, se le denominó Escuela doctor Jaime Cazorla, a la primera gran escuela de Biscucuy. Nombre este, que no tenía absolutamente nada que ver con nuestro pueblo ni con su idiosincrasia. Y, menos se conocía en Biscucuy a ese doctor Jaime Cazorla. Fue, simplemente, un acto burocrático que cumplir; así son las cosas.

Desde el inicio de la escuela en Biscucuy, fue El Maestro Gamarra quien estuvo al frente de la misma, como la única autoridad local de la educación primaria, en nuestro querido y amado pueblo, hasta el año 1973. En ese año fue jubilado, muy a su pesar. Cuestión que le perturbó anímicamente. Pues, aún el maestro se sentía competente para seguir al frente de la labor que había ejercido con amor y entrega durante tantos años.

El asunto fue que las autoridades de turno decidieron, como homenaje y regalo a sus fecundos años de servicio a la docencia, obsequiarle un viaje con todos los gastos pagos a la Isla de

Margarita. Y cuando regresó ya le tenían lista la jubilación sin previo aviso, la cual acató y recibió, muy a su pesar. Quedando así, sin querer y obligadamente, en el reposo del guerrero victorioso de las batallas ganadas en buena lid en la docencia y la educación del pueblo, del Biscucuy de ayer.

Fallece El Maestro Gamarra en el año 1983, a sus 80 años. En plena facultad mental, física e intelectual, a pesar de su edad. Fallece en la ciudad de Guanare, a causa de un infarto, ciudad donde también fue sepultado.

La educación escolar en Biscucuy se inicia con este gran hombre, como maestro y director hasta su jubilación. Siendo sus subalternos, los maestros y las maestras: Doña Amelia, Doña Edilia, Diego Briceño, Joaquín Mejías, su hermana Ana Dolores Gamarra, aquí familiar y cariñosamente le decían “La Niñana” (niña Ana), tal vez debido a que nunca se casó ni tuvo hijos. También estaban: El Maestro Pablo Mejías, Santana Azuaje (Maestro Kiko), Isabel de Montilla, Lorca Briceño, Sergia Bertolini, Rosa Altuve, La Maestra Ramona, El Maestro Cañizales, Coromoto Pérez y María Matera, entre otros.

Fue un maestro estricto, respetado y querido por el pueblo, quien ocasionalmente tenía tratos jocosos y de buen humor con todo el plantel; los maestros, los alumnos y sus representantes. Tratos que son de grata recordación, porque tenía una manera muy peculiar de decirlos y ejecutarlos. Usaba un sistema de comunicación dentro del plantel con altoparlantes de la época, que se dejaban oír en la calle de la escuela, para anunciar o para llamar atención general y particular. Y cuando El Maestro Gamarra hacía estos llamados ¡todos se ponían alerta para oírl!: “Atención, atención”. Era un alivio cuando eran anuncios administrativos, de actividades culturales o de trabajo. Pero cuando era para increpar, regañar o llamar la atención, por alguna

irregularidad ocurrida, se sentía un silencio total, ni el ruido de las moscas se oía. Decía, entonces, el Maestro Gamarra: “Se le comunica a tal o cual maestro, a tal o cual alumno, que debe comparecer con su debido representante, para ventilar asuntos de orden interno, que no están acorde con las normas de la institución”.

En ocasiones se le ocurría elevar el volumen, para que todos en el plantel oyieran lo acontecido en la reunión o en el llamado de atención. Sobre todo, y especialmente, cuando se trataba de travesuras de alumnos. Y cuando estos rompían en llanto a moco suelto, aquel llanto desgarrador se oía en todo el plantel y en la calle.

El Maestro Gamarra dedicó el mayor tiempo de su vida profesional a ser educador y director en la escuela Jaime Cazorla, recinto sagrado de la venezolanidad. Donde estudiaron la educación primaria, grandes venezolanos de la talla, de: Argimiro Gabaldón, Mauro Mejías (artista plástico), Gerardo Falcón (pintor). Artistas, estos, de fama nacional e internacional.

Era el maestro un hombre alto, de tez morena. Vestía y calzaba pulcra y elegantemente. Usaba pantalones oscuros, camisas blancas manga larga, corbata diaria, adornada con pisacorbata y mancuernas doradas, y lentes oscuros.

Para la época, era común, y aceptado con normalidad, el castigo físico a los alumnos, por cualquier mal comportamiento. Eran comunes los reglazos, los jalones de orejas y los jalones de las incipientes patillas. Así mismo, se acostumbraba hincar a los alumnos en algún rincón del salón de clases y pararlos en la puerta del salón para escarnio de todo el plantel. Lo más bochornoso era cuando El Maestro Gamarra lo notaba y llegaba y le preguntaba al docente:

—¿Por qué tienen castigado a este angelito?

—Porque se portó mal, Maestro.

—Sáquenlo para el centro del patio, para que se asolee un poco. Que lo vean todos, para que se acomode, y agarre el carril.

Era tan respetado y temido el maestro, que la gente le puso el remoquete de “Chapita”, que había sido un cruel dictador dominicano del siglo XX, y cuyo nombre real era Rafael Leonidas Trujillo.

Ocasionalmente, cada año, llegaban a la escuela, sacerdotes. Ello, con la finalidad de captar alumnos que tuviesen vocación sacerdotal, para que ingresaran al seminario de Guanare. Luego de realizada la captación, se habían comprometido varios alumnos de quinto y sexto grado, entre ellos El Catire Pancho. Son seleccionados, se hace la trasferencia y, sus padres le preparan el vestuario y los implementos necesarios. A los 6 meses de estar internado en el seminario, regresa nuevamente a la escuela El Catire Pancho, porque no tenía vocación sacerdotal, solo emoción y le dieron de baja. Así, regresó de nuevo a la escuela, y fue recibido por El Maestro Gamarra; quien le dijo en alta voz:

—¡Epale! Llegó el Presbítero, bienvenido a su casa nuevamente. Pase adelante a su salón de clase.

El Catire consternado y apenado, solo responde con una tímida sonrisa, y en silencio entra a su salón de clase.

Ninguno de los otros aspirantes a sacerdote culminó tal carrera.

Era costumbre cotidiana del Maestro, sentarse por las tardes en la acera ancha y larga de su casa, con su familia, como tradicionalmente lo hacían las familias, en ese tiempo, sentándose al frente de sus casas. Esto, como distracción y sano esparcimiento, en el bucólico Biscucuy de la época.

En ocasiones, uno veía al Maestro Gamarra sentado solo, leyendo algún libro. El tiempo, el ambiente, la brisa fresca, el

trinar de los pájaros en la plaza Bolívar del pueblo antaño, eran propicios para el descanso y la lectura.

En una ocasión, estaba El Maestro sentado, leyendo uno de sus libros, y pasó El Catire Pancho rumbo a su casa, viniendo de una de sus aventuras en su pueblo querido. El maestro lo saluda diciéndole:

—¡Hola, Catire! ¿Para dónde vas tan apurado?

—Para mi casa —le responde El Catire.

—Deja el apuro y siéntate un rato conmigo.

Se sienta El Catire, y comienza una tertulia del sabio maestro con el alumno.

—¿Te gusta la historia? —Dice el maestro.

—Sí, mucho! —Responde El Catire.

—Bueno, te voy a contar algo de la historia de Biscucuy:

Este pueblo lo formaron hace más de 200 años, un grupo de familias indígenas, pertenecientes a las tribus Timotocuicas, que vivieron en el sitio de La Pica cerca de Chabasquén, que ya había sido fundado por el capitán De La Hoz Berrios. Se mudaron para el valle formado por los ríos Biscucuisito y Chabasquén, los cuales forman el río Saguaz, aguas abajo, aquí mismo donde estamos sentados; que en ese tiempo se llamó San Antonio de las Playas de Biscucuy. Desde ese tiempo, hasta 1777 y finales del siglo XIX, este pueblo permanecía casi en el olvido, ignorado por las autoridades de ese tiempo. Y que, para ese entonces, era el estado Zamora, y ahora es Portuguesa. Y tuvo, desde ese tiempo, más de un siglo de silencio y abandono, de los escasos pobladores que existían.

Así fue, que otros pobladores llegaron; porque Biscucuy no fue descubierto ni fundado, se fue poblando solo con gente de hacha y machete, y un gran cargamento de voluntad para aprovechar estas tierras feraces; comenzando a desforestar

montañas, que al mismo tiempo se convirtieron en haciendas de café, que para la época era la principal fuente de bienestar de la región y del país.

Personas de trabajo, de sanas costumbres, sencillos y humildes, fueron los pobladores o fundadores de este pueblo. De los cuales, muchos ahora, han ocupado destacadas posiciones en el pueblo, la región y el país. Como lo fueron, los hermanos Mejías, Zacarías Betancourt, Jacinto Montilla, Secundino Montilla, Juan Toro, Enrique Cañizales, Vicente Azuaje, Arístides y Eleuterio Durán, Lorenzo y Américo Pieruzzini, Natividad Durán, Isaías Briceño, Marcos Antonio Olavarrieta, Pancho Yánez, Francisco Javier de Santiago, Isidro López. Más tarde, otros pioneros ocuparon los caseríos del municipio, y fundaron fincas y familias. Y, de allí, surgieron hombres honestos del campo, como: Juan Pablo Pérez, Clodoveo Piña, tu padrino, Samuel Morón; Catire, Crisanto y Benardino La Cruz; Juan de la Cruz Manzanilla y otros, a los que les debe su existencia el caserío Guayabital.

Cuando llegué a este lindo y querido pueblo, para el año de 1924, contaba yo con 21 años, y solo se apreciaban unas 60 viviendas con techos pajizos y aproximadamente 500 habitantes. Eran viviendas construidas de bahareque, solo tres de ellas tenían techos de zinc y la casa de gobierno.

Terminado el año de 1923, llegó a Biscucuy un grupo de familias Guanareñas, que junto a las familias que había en el pueblo, formaron un grupo social de gran significación en el conglomerado biscucuyense. Estos fueron los Señores: Andrés y Raimundo Gómez Galeno, Aníbal Galeno, Elías Sereno Sánchez, Carlos Quintero Alegría, Francisco Salcedo Ochoa, los hermanos Gómez, Félix Ramón Briceño, Marcelino Yánez.

Más tarde llegaron las familias Alzuru, con la de Ángel María Gómez; y formaron la colonia guanareña de Biscucuy.

Transcurría así, de forma monótona y tranquila, la vida del pueblo y sus moradores. Y se dedicaban las buenas gentes de Biscucuy al comercio y a actividades sociales y culturales propias de ese tiempo. Y se interrumpía, de vez en cuando, el ritmo apacible de los biscucuyenses por alguna arbitrariedad del jefe civil gomecista de turno.

—¿Maestro, entonces este pueblo de ahora era un caserío?

—Pues sí, era un caserío como ya te comenté antes; fíjate que, para el año de 1926, aquí en Biscucuy y en todo el municipio, hubo una terrible y prolongada sequía. Duró más de medio año de verano total, lo cual ocasionó que bajara totalmente la producción. Y afectó mucho a los campesinos, y para rematar, en el mes de febrero de ese verano, Biscucuy quedó casi destruido por un pavoroso incendio, que redujo a cenizas las casas y pertenencias de los afectados.

—¡Naguara, Maestro! este pueblo la pasó mal en ese tiempo.

—Así fue, Catire, pero este pueblo recio de historia y con una capacidad de aguante tremenda, se sobrepuso a este importuno. Le hizo frente a la situación, se recuperó y volvió a la normalidad.

Es histórico también, Catire, porque Biscucuy fue el primer pueblo, de lo que actualmente es el estado Portuguesa, que vio y sintió los primeros pasos del Libertador Simón Bolívar, en 1813, cuando venía por los Andes en la gloriosa Campaña Admirable, que se inició en Cúcuta, Colombia, y que atravesó tres estados andinos: Táchira, Mérida y Trujillo, para liberar a Venezuela de la pérdida de la primera República.

Ya consolidado Biscucuy como pueblo, y después de tres años de su casi destrucción total por el fuego, en el año 1929,

José Rafael Gabaldón, padre de nuestro Argimiro Gabaldón, cuando este era aún un niño, formó un movimiento guerrillero revolucionario contra el régimen oprobioso y dictatorial del general Juan Vicente Gómez. Y como era Biscucuy el centro de ese movimiento, fue tratado dura y cruelmente, por los esbirros de Gómez. E hicieron prisioneros al general Gabaldón, a su hijo Joaquín y, a los que formaban su oficialidad. Y posteriormente fueron trasladados al castillo Libertador en Puerto Cabello, y condenados a trabajos forzados en las carreteras del país, construidas a pico y pala en esos tiempos.

—¿Fue dura la cosa, entonces, Maestro!

—Dura fue poco, Catire, fue durísima! Fíjate, que Biscucuy fue ocupado militarmente por la montonera de Gómez con aproximadamente dos mil hombres armados, que ocuparon el municipio por los límites de Trujillo, Lara y Guanare, con la orden expresa de exterminar al pueblo hasta sus cimientos.

Fueron días aciagos y tristes. Caseríos y familias enteras fueron sometidas al fuego, y les incendiaron sus viviendas. Las haciendas de los guerrilleros fueron arruinadas, y los campesinos fueron apresados y enviados a trabajos forzados en los campos de trabajo de Gómez, bajo el lema: "Unión, paz y trabajo".

Todo esto, trajo como consecuencia que muchas familias, temerosas de la ola represiva que se había desatado, abandonaran el pueblo y se trasladaran a Guanare, Boconó y Trujillo. Y a aquellos que no se fueron, o no huyeron, los obligaron a abandonar Biscucuy, en un lapso de 24 horas. Entre estos, estaba el cura del pueblo, Presbítero Fortunato Andueza Ocanto, por sospechosos.

Otros, fuimos sometidos a seguimiento y vigilancia por los jefes civiles.

—¿Y qué se hizo la gente que se fue huyendo, Maestro?

—Después que todo esto pasó y se fueron las tropas, esas familias regresaron. Todo volvería casi a la normalidad. Pero luego, en el año 1930, Biscucuy sería asaltado por otros revolucionarios de la zona, comandados por el general Froilán Torrealba (Manolan), por Sandilio Linares y por Cantalicio Reinoso. Sin embargo, los gomecistas, atrincherados en Biscucuy, lograron resistir y se salvaron de la intentona.

—¡Es que la gente de antes si era guapa y bregada, ¡verdad, Maestro!

—Sí, Catire, era muy valiente la gente de esos tiempos. Fíjate que para el año de 1936, cuando muere el general Gómez; porque nunca fue derrotado, casi linchan a los colaboradores del dictador. Pero, Biscucuy, por ser un pueblo noble y culto, se despojó cívicamente de ese lastre, que nos ataba al pasado nada edificante.

—¡Parece increíble lo que me cuenta, Maestro!

—Parece, pero realmente sucedió, Catire. Y, ya pacificado, todo el pueblo de Biscucuy fue creciendo y cambiando su fisonomía, al punto que se formaron los primeros barrios: El Paraparo y La Montañita, porque Biscucuy está enclavado sobre el valle, al cual se debe su nombre (El Valle de las Playas de Biscucuy). Es decir, lo que ahora es el centro, donde estamos ahorita tú y yo.

—Pero, eso de los barrios sería cuando yo no había nacido, porque ahorita hay otros barrios, Maestro.

—¡Claro, Catire! Esos dos fueron los primeros barrios de Biscucuy, después se formó Barrio Obrero, El Chorrito y La Vega del Cobre.

Hoy, Biscucuy cuenta con los servicios públicos de un pueblo más formal: con cloacas, un liceo, dos grupos escolares, una escuela de capacitación femenina, academia de mecanografía,

alumbrado eléctrico, calles mecanizadas, templo católico, prefectura, concejo municipal, puesto de policía, comando de la guardia nacional, vías de penetración a todos los caseríos, y vías de comunicación asfaltadas a los estados vecinos, y a todo el país.

—¿Maestro, antes de los tiempos contados se duraba mucho para viajar de un lado al otro?

—¡Calaaro, Catire! Antes de todo esto, se duraba dos días para ir a Guanare, uno para Boconó y varios días para otros estados. Que, si nos remontamos al Biscucuy de hoy, debemos tener en cuenta, que se ha avanzado mucho, pero falta camino que seguir recorriendo para seguir alcanzando el futuro que nos depara, y seguir como pueblo favorecido por el progreso. Guiado, a pulso, por los hijos y pobladores que lo han dado todo por él. Y han contribuido a su engrandecimiento, al del estado Portuguesa, y al del resto de Venezuela.

Son edificantes, y de grata recordación, los aportes que dio el maestro Guillermo Gamarra Marrero al pueblo de Biscucuy. Convertido, hoy, en una pequeña gran ciudad, con todos los avances tecnológicos y mercantiles actuales. Con toda la estructura multiplicada de organismos gubernamentales, públicos y privados, de sus nativos y foráneos, de ahora, en la actualidad, en pleno siglo XXI.

El Catire, Pancho Jiménez Duarte

Como todo niño, “El Catire”, así lo apodaban, llamado Pancho Jiménez Duarte, asistió a la escuela de su lar nativo, Biscucuy. Fue el penúltimo de sus hermanos y hermanas de padre y madre.

En su niñez, ya adentrado en la misma, comienza a tener conciencia y darse cuenta de la ausencia paterna, opacada por la presencia de la madre, quien hacia el rol de madre y padre a la vez.

Su padre fallece muy joven, contaba con 36 años, cuando apenas El Catire comenzaba a gatear por el piso, agarrándose de la falda de su madre y de las paredes de su casa. Quedaron él y sus hermanos, con un padre definitivamente ausente; sus hermanos si llegaron a conocerlo y, tuvieron el recuerdo de haber visto y sentido la presencia del padre en vida, quien siempre les hizo falta y les quedó el recuerdo perenne.

La madre siempre le recordaba y le mencionaba al Catire a su fallecido padre. Siempre le decía, que visitara su tumba, que se la limpiara, le llevara flores y le pusiera una velita.

Decía El Catire, entonces:

—¿Por qué le voy a poner eso en la tumba? Si nunca lo conocí —le respondía a su madre.

—Así no lo has conocido, porque era tu padre, te quería mucho, lo que pasa es que no lo recuerdas, porque estabas muy chiquito.

—¡De todas maneras no lo conocí!

Estas esporádicas y cortas conversaciones con su madre, sobre su padre, fueron creando en El Catire un sentido de pertenencia paternal de la total ausencia y afecto, que marcaron en parte su personalidad y carácter.

Entonces, fue común en su niñez, estando en la escuela, las frecuentes visitas solitarias al único cementerio del pueblo para la época. Allí iba a limpiar la tumba de su padre, a colocarle velas, rezarle un padre nuestro y pedirle, ignorantemente, que se le apareciera para conocerlo, abrazarlo y pedirle la bendición, porque le hacía mucha falta. Esto lo hacía de vez en cuando, sobre todo al salir de la escuela, hasta que cerraban el cementerio y después volvía nuevamente.

Pasaban los días, pero al ver que su padre no aparecía a su llamado se iba triste y melancólico.

Pasado el tiempo fue olvidando las visitas y pedimentos, pero le quedó el sentir de padre bueno, cariñoso y afectivo de su fallecido padre, conformándose a media, porque siempre lo extrañó y nunca lo olvidó. Tal vez, por eso El Catire llegó a ser un buen padre.

Cuando algún compañero de la escuela, de ajuntas y andanzas, se aparecía con un buen y bello juguete, El Catire preguntaba:

—¿Quién te lo regaló?

Estos respondían:

—Me lo regaló mi papá.

Se quedaba callado, El Catire, pensando que jamás llegaría a tener un padre que le regalara juguetes, y olvidaba, momentáneamente, el sentimiento de falta que nunca asimiló, pero que asumió sin trauma como algo natural de la vida misma.

Al no tener presencia paterna, El Catire, desde su niñez, sintió una libertad sin barreras, sin miedos, con valentía y arrojo,

en más de la mitad de todo el trayecto de su vida cotidiana y pueblerina, en su lar nativo. Al punto, que vivió, sintió y actuó, en su pueblo y adyacencias, como en un escenario en el que él fue actor y protagonista: cuando niño, adolescente, joven y adulto, en casi todas facetas; con las causas y consecuencias ya conocidas por el vulgo pueblerino.

La familia del Catire fue muy conocida en el pueblo y en los caseríos de las parroquias de ese entonces. Su abuela y sus tíos, con muchos arraigos populares, familiares, con vínculos de amistad con los más pobres, y hasta con los más ricos y emperifollados del pueblo, de ayer y de hoy.

En esa época, casi todos se conocían de vista, trato y comunicación, o simplemente por el hecho de que existían. Hasta que el pueblo fue cambiando su fisonomía y ampliando sus espacios tradicionales. En esa época era un pequeño pueblo y llegó a convertirse en todo un pueblo urbano enclavado en un bonito valle, circundado de ríos, quebradas, nacientes, montañas adornadas con bellas y grandes nubes, que asemejaban un pesebre en navidad. De una eterna alegría, paz y tranquilidad; ayer, hoy y los posteriores tiempos.

La familia Jiménez Duarte, como la mayoría del pueblo de ayer, practicaba las buenas costumbres, los buenos hábitos. Hacían el bien, sin mirar a quién. Gente de respeto y escrúpulo, como lo eran todos los del Biscucuy de ayer, hoy y por siempre.

Era común, como en muchas otras familias de la época, que la casa de los Jiménez Duarte de antaño, sirviera de hospedaje gratis, donde pernoctaban algunos viajeros de los diferentes caseríos y parroquias, cuando estos venían a diligencias o se les atardecía para volver, entonces posaban en dichas casas.

En la casa de los Jiménez Duarte, se llegaron a celebrar matrimonios, bautizos, cumpleaños y, hasta se llegó a velar

muertos, que no tenían vínculos de sangre con la familia, solo el vínculo de la amistad. Aquella, también, era la casa donde se quedaban, para poder estudiar y terminarse de criar, familiares lejanos y algunos amigos, como uno más de la familia, sin distingo de clase y afecto.

Es, en esa casa, donde El Catire se fue formando en su sana e innata rebeldía de muchacho, que lo distinguió como el único... decía su abuela materna; aquel que dio más jumo de nariz fue El Catire. Lo que quería decir la abuela es que este fue el que dio los más grandes dolores de cabeza cotidianos y domésticos a la familia. El más travieso y disposicionero, de todos sus miembros, por su comportamiento hiperactivo. Por ese sentimiento de libertad y rebeldía que tenía; tal vez por la ausencia de la figura paterna, que debió ser un freno para él.

El Catire veía y sentía a su pueblo Biscucuy, a sus calles, barrios, ríos, quebradas, montañas y vericuetos, como su territorio natural. Ese sitio que vivió y disfrutó a plenitud en su niñez, adolescencia, juventud y adulteza.

Nunca se fue de su pueblo, solo ocasionalmente, por asuntos de trabajo. Siempre volvía, siempre estaría en él, como atrapado por una fuerza invisible. Sentía que esa fuerza no lo dejó echar raíces en otro lado.

“Soy hombre de darme entero.
Metido en mi soledad,
el que se va de su pueblo
se lo come la ciudad”

ANÓNIMO

A finales de los años 70, y principio de los 80 del siglo XX, el pueblo fue cambiando su fisionomía y ensanchando sus espacios, con la aparición de nuevos barrios, urbanizaciones y otros

sectores poblados, aledaños al pueblo, con pretensiones de una gran ciudad que se avizora a futuro. Bautizándola simbólicamente el gran Lenin Fernández; como la capital del mundo, nuestro mundo pueblerino.

A partir de ahí, comienza para El Catire, sus condiscípulos y la mayoría de sus habitantes, una nueva etapa en sus vidas pueblerinas y su arraigamiento. Mientras, que otros se fueron del pueblo buscando opciones, alternativas de trabajo y a estudiar, fuera de Biscucuy, carreras universitarias, porque para la época no existían universidades en el pueblo.

Muchos de los que se fueron no volvieron jamás; pocos han regresado con intención de quedarse a vivir nuevamente en el bello y cambiante pueblo, buscando sus raíces.

Comienza pues, otra etapa en el escenario de la vida del Catire, sus amigos y demás habitantes.

Así, llegaron las fiestas, el licor, el humo, los bares, las taguas, los prostíbulos (Las 7 Puertas), los amores, las serenatas y las peleas a trompadas limpias y noqueadoras; todo acompañado con la responsabilidad, el estudio; una ensalada, pues, con buenos resultados.

De todo esto, El Catire salió dando sobresaltos, graduándose en su profesión, en una carrera que cumplió responsablemente con buenos resultados, pero no le satisfizo totalmente. Más le gustaba y satisfacía la lectura de la historia, la escritura, la poesía; que llegó a escribir un libro, que se publicó con todas las formalidades del caso y que tuvo buena acogida en el pueblo.

Una vez estuvo involucrado en una pelea, de las muchas que protagonizó. Tan seria por la contundencia de los golpes, pero tan jocosa por el motivo fútil y cómico de la misma. Esta ocurrió, en un centro social de moda en los años 80, llamado La Empalizada. Sucede pues, que venía mucha gente de otras

regiones, y estados vecinos, al nuestro. Venían a disfrutar lo propio del lugar.

Era un sitio de esparcimiento. Era: bar, restaurante, discoteca, caney y pista de baile.

Sucede que venían adultos, jóvenes y adolescentes, que se robaban el show por lo civilizado y guapetones; que algunas veces caían a trompadas y a patadas limpias, a algunas personas de nuestro pueblo.

Un día, cuando ya caía la tarde en Biscucuy, El Catire llegó a La Empalizada con un compinche suyo, y cuando estaban a punto de entrar vieron a un grupo de amigos saliendo, en veloz carrera y asustados, del lugar. Entonces, El Catire los paró y les preguntó:

—¿Qué pasó, pues, les salió el diablo, fue?

—No joda, ahí están unos de la ciudad y nos jodieron.

—Vamos pa allá ¿Qué vaina es esa, flojos?

El Catire los convence para que vuelvan apoyados por él, y sus amigos regresan. Es así, que resuelve simular que es amanerado, como estrategia para provocar, enfrentar y darles una lección a los tipos que habían golpeado a sus amigos.

Entra, entonces, El Catire, con uno de sus amigos, tomados de la mano, fingiendo que los dos son amanerados. Esto con el objetivo de hacerse notar ante el grupo de provocadores que viene de la ciudad.

Entran, pues, tongoneándose, y es allí que los provocadores, que no conocen al Catire y a su amigo, le soban la nalga al Catire. Y, en ese preciso momento, este se volteá, con todo el amaneramiento posible, pero con la fuerza letal y total, y le da un fuerte y sólido puñetazo en la cara al insolente, que cae al suelo noqueado al instante. Entonces, ya cuando el provocador está en el suelo como muerto, El Catire, amaneradamente, le dice:

—Esto es para que respeten a la gente de Biscucuy, ¡oyó!

—¡No joda! —dijo uno de la ciudad— ¡vámonos!, estos mariachis de aquí son peligrosos.

Y, luego de esto, los muchachos de la ciudad salieron como un rayo de La Empalizada, y se fueron quién sabe a dónde. Así, la gente que estaba allí quedó estupefacta y sorprendida, luego de ver lo que había pasado. Entonces, El Catire y el otro supuesto amanerado, llamado Silvano, caminaron hacia una de las mesas y se sentaron.

Los presentes murmuraban y comentaban entre sí, sorprendidos por lo ocurrido. Otros reían satisfechos y decían: “esos locos si tienen vainas”, pero “¡qué bueno!” era el coro generalizado. La mayoría festejaba, brindando y disfrutando entre sí, por lo acontecido.

Así, iba pasando la vida pueblerina del Catire y sus amigos de ajuntas y andanzas cotidianas, en el Biscucuy de ayer, hasta que fue haciendo entrada la madurez a sus vidas. Y comenzaron con más seriedad las responsabilidades en este bello, encantador e histórico pueblo de joven historia.

Y, aun cuando Biscucuy era un pueblo tan joven, sería el primer pueblo del estado Portuguesa en donde estuvo El Libertador Simón Bolívar, con un grupo de patriotas, antes de la batalla de Araure y de la culminación de su Campaña Admirable,

En Biscucuy también estuvo de visita, y anduvo por aquí muchos días, el premio nobel de literatura: El Caballero Universal, el gran Pablo Neruda. Esto sucedió por allá a principios de los años 60. Neruda pernoctó en la casa del general José Rafael Gabaldón, y fue atendido, personalmente, por otro grande: Argimiro Enrique de la Santísima Trinidad Gabaldón Márquez, quien nació aquí mismo, en las márgenes del río Saguaz, en la casa de sus padres, ubicada en la hacienda Santo Cristo.

Epidemia

A principios de los años 60, en el antaño y bucólico pueblo de Biscucuy, todo era apacible. La tranquilidad general de la población, principalmente de los adolescentes y niños, se manifestaba en el vocerío y algarabía pueblerina al salir de las clases de la escuela y el liceo.

En los lapsos de recreo se sentía y respiraba gozo, e inclusive en las horas de clase que impartían los maestros y profesores de ambas instituciones. En esos tiempos, las calles del centro eran macanizadas, y las calles de los barrios eran de tierra.

Para la época, comúnmente las familias de bajos recursos económicos, hacían sus necesidades fisiológicas y defecaciones, en las partes traseras de sus amplios solares, sobre inmensas piedras que fungían como retretes al aire libre.

Estos sitios en época de invierno se humedecían extremadamente, eran propicios para la generación de hospederos de parásitos, bacterias y plagas, que afectaban principalmente a los niños. Hubo un tiempo en el que muchos de los niños del pueblo fueron atacados peligrosamente por esas bacterias y parásitos. Esto trajo consigo el fallecimiento de muchos niños en edad escolar. La muerte de estos niños, causó gran alarma, consternación y tristeza en la población general.

Los más preocupados y temerosos por esta epidemia fueron los adultos. Principalmente, los padres de familia, porque vivían con el constante temor y la aprensión de que se les podía afectar y morir un hijo pequeño.

En el tiempo que duró esta epidemia, era casi normal ver los cortejos fúnebres de niños muertos. El vulgo llamaba esta afectación como disentería de sangre, que consistía en una pertinaz diarrea hasta que morían deshidratados y carbonizados por la terrible fiebre, que sobrepasaba altamente los estándares normales permitidos, de la que no se recuperaban y muchos morían irremediablemente.

Era melancólico y doloroso el cortejo fúnebre de los que iban detrás del pequeño ataúd, forrado de tela y pintura blanca. Los cortejos eran conducidos con canturías tradicionales de duelo, y las campanas repicaban tristes y melancólicamente, hasta que se alejaban hasta el viejo cementerio del pueblo.

Cuando algún niño, que estudiaba en la escuela, moría, era común, entonces, colocar un lacito negro como luto por muchos días en el pupitre que fuera ocupado en vida por el pequeño difunto. Hasta que pasaban los días, tanto la rutina y conformidad, se hacían dueña del pensamiento y sentir, por los fallecimientos ocurridos.

Al Catire Pancho nunca se le borró de su mente el recuerdo nostálgico de esos acontecimientos, que después asumió como algo natural. Y que aún recuerda en lontananza, con melancolía y nostalgia, porque estando en la escuela se murió su hermanita menor llamada Ramona, contaba ella con siete años y él con nueve.

Se enfermó la hermanita a causa de esta epidemia, a la que se le practicaron todas las diligencias pertinentes. Fue llevada al antiguo hospital de Guanare, pero fueron infructuosos todos los cuidados y atenciones. Fue imposible salvarla del terrible flagelo.

No recuerda Pancho y, tampoco nunca preguntó; por qué le dieron de alta en esas posteriores condiciones de debilidad. Se la trajeron a su casa en Biscucuy, sin haberse recuperado,

y murió, irremediablemente, pocos días después en los brazos de su madre, quien solícitamente la cuidó y atendió. Estando presente sus hermanitos y demás familiares más cercanos, para el momento del fallecimiento.

—Agua, agua, —pedía Ramonita débilmente abrazada por la terrible fiebre.

Agua que su madre le daba con una cucharilla dulcera, y, antes de dar el último aliento, Ramonita pide agua. Su cabecita y pálida carita flácida volteá a un lado ya sin vida... Al momento de fallecer, su progenitora suelta un desgarrador grito de impotencia, que solo el tiempo como bálsamo de la vida misma, ha podido resignar, mas no olvidar.

Al otro día, es llevada Ramonita, en su pequeño y blanco ataúd, adornado con flores naturales y de papel, a su eterno descanso.

Pocos días después, es llevado otro pequeño ataúd con su procesión. Así, centurias de velorios melancólicos al mismo viejo cementerio del pueblo.

Pocos meses después del fallecimiento de Ramonita, y de otros niños, al Catire le dan los mismos síntomas y la misma afectación. Prontamente, es llevado al médico en la ciudad de Guanare, antes del severo ataque, donde se le suministra, enseguida, el tratamiento con la respectiva dieta médica. Todo se cumple a cabalidad, prohibiéndosele las caraotas, la sal, los mangos y otros alimentos que podían afectar la restauración de la salud.

El tratamiento y la restricción de los referidos alimentos, era una tortura culinaria para él. Y, el hecho de no poder ingerir lo que común y cotidianamente comía en su hogar, le era torturante. Lo que le producía desazón y angustia, esa obligante dieta médica prescrita.

En su ignorante e inocente niñez, El Catire decidió por su cuenta poner fin a la restricción de alimentos; fue cuando esperó la noche, después que todos se dispusieron a acostarse a dormir, se hizo el dormido y se levantó sigilosamente, dirigiéndose a oscuras a la cocina. Trepaba el cimiento para tomar el manare de las arepas, destapaba la olla de caraotas con sal y cual furtivo hambriento, procedía a comer los prohibidos alimentos hasta hartarse. Luego calladamente volvía a su cama, haciendo esto todas las madrugadas sin despertar sospechas hasta que mejoró totalmente. Tal vez, por esas circunstancias, y porque Dios lo permitió con algún propósito en el futuro, El Catire no falleció como su hermanita y aún vive y come, en su querido y amado pueblo.

El comerciante

Como era costumbre, en los contados tiempos, a principios de los años 60 del siglo XX, entre los muchachos de la época, compinches de ajuntas y andanzas, llegaron un día un grupo de imberbes, casi adolescentes, a un profundo pozo veranero de diáfanas y tranquilas aguas del río Saguaz, para divertirse y disfrutar como era propio en la época, después de las horas de clase en la Escuela doctor Jaime Cazorla. Esto lo hacían muchos, antes de dirigirse a sus hogares. Al atardecer, iban algunos de los muchachos a ese predilecto lugar de diversión que era el río.

Así, pasaban interminables momentos que transcurrían sin percatarse, que las horas transcurrían velozmente y la tarde iba muriendo para dar vida a la oscuridad. Entonces, por instinto, como impulsados por un rayo de la sorpresa oscurantina, salían apresurados de sus aguas, porque irremediablemente debían regresar a sus hogares, con el consabido conocimiento que, a cada quien les esperaba un monumental regaño y una paliza con correa, un rejo de cuero de varias tiras, con cabestro o una vara pelada de café.

Aun así, muchos volvían para disfrutar de los encantadores y bellos espacios que representaban el río Saguaz y el río Biscucuisito, con sus pozos veraneros después de las horas de clase en la escuela y el liceo, y especialmente en tiempo de vacaciones.

Esto era como un vicio, una adicción por estas sanas aventuras, en los espacios naturales del pueblo de ayer. Era el río,

con sus transparentes pozos y chorreras, lleno de peces; en esas bellas, hermosas e incomparables, y limpias aguas para la época. Aguas que se disfrutaban, que eran un deleite. Se sentía y percibía un gran gozo, por las caricias de la fresca brisa y el agua, en esos bonitos pozos veraneros.

Salieron pues del pozo, casi todos los del grupo con apresuramiento, porque la tarde arropaba con su oscuro manto, pero dos de los muchachos se quedaron sumergidos en el pozo, hasta el cuello. Uno de ellos era el que apodaban El Catire Pancho y el otro, al que le decían Tripa e Pollo, porque era muy flaquito.

De los que se iban, dijo uno:

—¡Epa! Se está haciendo de noche ¿Y, es que van amanecer ahí?

—Nooo, chico... es que esta agua está muy sabrosa y caliente, no se vayan, vamos a estarnos otro ratico.

—No, mijo, es muy tarde y nos pueden echar cuero en la casa.

—Váyanse ustedes adelante, nos vemos mañana después de la escuela. Pa que juguemos cuarenta matas y policía librado en la plaza.

Se quedaron los dos, deleitándose en el espejo del agua del pozo, dando brazadas a diestra y siniestra de puro gozo y placer, sin pensar en nada más, solo en divertirse un rato más, antes que oscureciese totalmente.

Disponiéndose ya a irse los dos del pozo, y al tomar sus ropas para vestirse, voltean la mirada por el camino del matorral, aguas abajo, y vieron acercarse a un hombre adulto mayor, al que le faltaba la mano izquierda, y al cual llamaban El Mocho Antonio; y a medida que se iba acercando se dan cuenta que enfila hacia el pozo del que ellos acaban de salir. Inmediatamente

lo identificaron, pero El Mocho Antonio, por lo alto del matorral, no se percató que los dos muchachos estaban en las orillas del pozo.

El Mocho Antonio era un reconocido y respetado comerciante, con fama de rico. Tenía un local comercial, en el que se vendía y expendía casi de todo. Era lo que se conocía como una tienda de abarrotes, y allí se conseguía desde una aguja hasta chucherías. Allí se conseguía de todo de lo que pudiesen abastecerse los habitantes del pueblo y los demás moradores de los caseríos circunvecinos. Este comerciante era hermano de otro comerciante, aún más rico y acaudalado, de mayor fama y connotación. El local del contado comerciante era uno de los varios sitios de llegada de la mayoría de los moradores de los caseríos y parroquias del municipio Sucre, para la época. El local del Mocho Antonio era ese lugar al que la gente del municipio llegaba con sus bestias de carga: sus mulas, sus burros y sus caballos. Allí llegaban con las cosechas de café, para vendérselas a él mismo. Y este mismo les vendía sus bastimentos. No existía para la época otro medio de locomoción, solamente contados productores tenían viejos automotores de doble tracción.

Ya en la orilla del pozo, con sus ropitas en la mano, El Catire y Tripa e Pollo, sin ser advertidos aún por El Mocho Antonio, que venía hacia el pozo, optaron por escabullirse apresurados, para no ser advertidos, y corrieron temerosos a ocultarse en otro matorral cercano al pozo, desde donde observaban y curioseaban en total silencio, sin moverse un ápice.

A medida que El Mocho Antonio se acercaba hasta la orilla del pozo, pensando y creyendo que se encontraba solo, por la casi penumbra presente, El Catire y Tripa e Pollo lo ven pararse a la orilla del profundo y quieto espejo del agua y observando para todos lados, y de pronto se sumergió en el agua, lentamente y

con toda su indumentaria encima. De esta manera el hombre se adentró tranquilamente, al centro del profundo pozo, hasta quedar totalmente cubierto por el agua.

Los muchachos, desde el matorral, sorprendidos y atemorizados, esperaron varios segundos, a que el hombre saliera a la superficie, nuevamente. Pero luego de un largo rato, que les pareció un siglo, se miraron entre sí asustados y sorprendidos, y volviendo nuevamente los ojos al pozo por otro instante, vieron que no volvió a salir más por su cuenta, a la superficie; entonces pensaron que se había ahogado, suicidándose y estaba ahogado, es decir, muerto.

Asustados, emprendieron veloz carrera hacia el pueblo. Al llegar, ninguno comentó nada entre sí, ni a nadie. Cada uno se fue a su casa con la entendida y asumida complicidad de no hablar de lo sucedido con nadie, porque habían visto el suicidio cometido por el comerciante, y se encontraba ahogado en las profundidades del pozo.

Al día siguiente, los dos se buscaron cómplicemente, poniéndose de acuerdo en pasar disimuladamente por el local del difunto suicida, para cerciorarse del velorio y oír los comentarios de los presentes.

La sorpresa de los cómplices de ajuntas y andanzas fue tremenda, al ver estos que no había ningún velorio, tristeza, duelo, ni luto; todo era sorprendentemente normal, con los transeúntes y el negocio abierto. La gente salía y entraba al negocio, comprando y vendiendo; atendido personalmente por el comerciante. Así, él mismo, atendiendo a toda la clientela. Estaba, pues, vivito y coleando.

Argimiro

Aún hoy, poca gente vio y trató personalmente al gran Argimiro Enrique de la Santísima Trinidad Gabaldón Márquez, en Biscucuy.

El Catire llegó a conocerlo, verlo y tocarlo cuando aún este era un niño. Lo vio y lo llegó a considerar, como un héroe popular y nacional, de carne y hueso, que realmente lo fue.

Los héroes trabajan y combaten por los desvalidos, toda la vida. Ellos solo mueren físicamente y siguen viviendo y trascendiendo por el gran legado que dejan a las generaciones futuras, que se van nutriendo de su ejemplo, su capacidad, su inteligencia innata, su sabiduría y sus valores, que le son dados por Dios, la naturaleza, sus progenitores, sus preceptores, las instituciones y la escuela de la vida.

Argimiro fue un héroe nacional, para un vasto conglomerado del país y para orgullo de nuestro lar nativo. Inicio su aprendizaje, para lo grande, para lo bello y lo hermoso, en la tierra que lo vio nacer, el municipio Sucre, específicamente en el sector Santo Cristo, a escasos kilómetros de Biscucuy, aquí mismito.

Siendo un niño, aún guiado por su padre junto a su madre; ejemplo de virtudes, como decía el general Gabaldón de ella.

A Argimiro, lo apodaban “Chimiro”, así lo llamaba su familia, amigos y alumnos del Liceo Antonio José de Sucre, que él fundó en Biscucuy, junto con otras personalidades del pueblo.

Muchos nos atrevemos, con grandes y reales argumentos, a afirmar; que en verdad Argimiro nació para lo grande, para lo

bello y para lo hermoso; así como se refería el maestro Simón Rodríguez de nuestro Simón Bolívar, El Libertador. Tal como se evidencia en este siglo XXI, por la trayectoria de Chimiro, en su lucha social, revolucionaria, armada y cultural. Deja un legado y ejemplo que, hoy sabemos, es real, y está escrito en la historia contemporánea de Venezuela.

Su nombre de combate fue: “Comandante Carache”

Fue muy inteligente y un gran sabio, que comenzó lo que quería enseñar con el ejemplo. Enseñó lo que hoy se ha hecho y somos actualmente, un estado de inclusión social, logrado culturalmente a través del voto popular y democrático, materializado en su momento por el fallecido presidente Hugo Rafael Chávez Fría (El Comandante Eterno). Quien, retomó las ideas bolivarianas y el legado de lucha ideológica, y armada de Argimiro Gabaldón, así como la del gran Fabricio Ojeda y otros tantos, que al igual que Argimiro ofrendaron su vida por la patria sin pedir nada a cambio.

Argimiro es una superlativa satisfacción, orgullo personal y municipal de muchos biscucuyenses. Se podría decir: orgullo de todos, el hecho de que Argimiro hubiera alcanzado la gloria personal de la trascendencia nacional. Por tal motivo, sus restos descansan hoy en el altar de la patria (Panteón Nacional), y está, con otros héroes, acompañando en su gloria al más grande hombre de toda la historia latinoamericana, el Libertador Simón Bolívar, quien más que un héroe, fue un libertador de pueblos, con el único título que solamente ostenta Simón Bolívar en el planeta tierra.

CHIMIRO

Argimiro Enrique de la Santísima Trinidad Gabaldón Márquez.

Nacido en Santo Cristo en las riberas del Saguaz

Pionero revolucionario, leal, sincero y audaz para defender la patria del gobernante mordaz.

Muriendo en el intento sin ser vencido jamás.

Enfrentando a los embusteros; para morir como Cristo, Roldan y Olivero; lo matan sus compañeros.

Transcendiendo cual fénix, de las cenizas y el fuego

El que avivo Chávez Fría, quien tomó por asalto las catacumbas del pueblo, para legarnos la patria que Argimiro quería.

Estrellón

En los años 30 del siglo XX, existió en los predios del municipio Sucre del estado Portuguesa, un hombre con una estatura aproximada de 2,5 metros, catire de ojos azules y con barba; quien se caracterizó por su descomunal fortaleza física, casi animal, que hacía faenas de bestias de carga, además de muchos trabajos propios de su envergadura corporal. Su nombre de pila era; Juan de la Estrella Rosales, el vulgo pueblerino y rural lo apodaba: “Estrellón”.

Este personaje comía en abundancia extrema, al término de comerse completamente un cerdo grande guisado o, asado, acompañado de un gran racimo de cambur sancochado o, un saco de yuca, íntegramente, en un solo acto. También, imitaba casi a la perfección a diversas especies de animales; aves y mamíferos, de los cuales reproducía, con su boca y garganta; el trinar de los pájaros, el rebuznar de los burros, el relincho de los caballos, el ladrido de los perros, y todo cuanto se le ocurría imitar de los animales del monte.

Se especializaba en transportar sobre su lomo y sus hombros, grandes y pesadas cargas de más de 100 kilogramos de peso, cada una, a través de kilométricas distancias de un sector a otro, como si fuese una bestia de carga.

También cumplía y realizaba los trabajos más duros, y más fuertes, que los demás humanos no podían lograr con eficacia, solo él podía hacerlo. Trabajaba para alimentarse, por comida,

no cobraba dinero, tal vez porque no le alcanzaba para comprar las grandes cantidades de alimento que debía ingerir.

Hacía pues, cualquier tipo de trabajo; transportación, deforestación, arado, sembraba, pescaba y cazaba. Era sorprendentemente espectacular e increíble, verlo trabajar y comer de la manera que lo hacía, que asustaba a los que lo veían y más, a los que no le conocían, por lo que hablaban y comentaban sobre él. Especial y real temor le tenían los niños de la época, debido a que sus padres y familiares tenían como referencia a Estrellón, para intimidar a los pequeños de la casa, cuando les decían que se los iban a entregar a Estrellón, para que se los llevara y se los comiera, si no se portaban bien y dejaban la travesura.

—Estrellón se los va a llevar y se los va a comer un día de estos, si siguen con la guachafita y portándose mal.

Entonces, los niños de la época se atemorizaban y entraban en pánico cuando les mencionaban o veían a Estrellón.

Comía exageradamente, este real personaje de esos tiempos contados. Y, ciertamente, podía ingerir enormes cantidades de alimentos. Una vez, en una hacienda de estos predios, estaba trabajando en un convite, con una peonada de más de 15 obreros adultos. Terminó primero su faena, antes que todos, y se fue a la casa de la hacienda a comerse la ración estipulada para cada quien. Había un mesón grande en donde todos los obreros comían. Ya servidos los platos, la palangana de sancocho, las arepas, la yuca y el cambur cocido para todos, resulta que Estrellón llegó de primero al comedor, donde estaba servida la comida para todos los peones, y cuando los encargados de la comida lo vieron le dijeron que se comiera su ración que estaba servida, junto a las demás raciones del resto de los peones. Pues, Estrellón vio aquel poco de comida servida y se la comió, dejando al resto de los peones sin almuerzo. Sin embargo, los

encargados de la comida no le dijeron nada, pero no le renovaron el contrario, por lo cual Estrellón siguió el camino a otro lugar, sin rumbo fijo.

En otra ocasión, le encargaron a Estrellón que trasladara, por arreo, a un buey de arado desde Boconó hasta Biscucuy. Y, andando por los caminos de recuas montañosas, el buey se le desbarrancó por un farallón y se mató. De inmediato, procedió a descuerarlo, retirarle las vísceras y deshuesarlo, para seguir con el encargo, con la carne dentro del cuero como un gran saco. Entonces, se lo terció a la espalda, siguió el camino y andando se encontró con un grupo de jinetes que acampaban y descansaban de la faena y comían alrededor de una gran fogata de leña. Se fue acercando y esperó que ellos desocuparan la fogata, y cuando llegó, saludó con voz estentórea y les pidió permiso para asar la carne del buey, lo cual comenzó a hacer. Se retiraron los acampantes, para descansar a cierta distancia de la fogata y cerca de sus bestias, pensaban estos que con Estrellón venía más gente.

Estos, al verlo que comenzó a comerse la carne que iba asándose y no apareció más nadie detrás de él, y viendo que Estrellón estaba engullendo la totalidad de la carne del buey, murmuraban asombrados entre sí, como era posible aquello. Y uno de ellos comentó, entre dientes:

—¡Manífica! Ese es el diablo...

De inmediato, procedieron, todos apresurados, a ensillar las bestias y salieron al galope, y dejaron a Estrellón solo en la fogata, con los últimos trozos del buey asado, por engullir.

Barrio Ajuro

A principio de los años 80, del siglo XX, en el barrio San Francisco de la ciudad de Biscucuy, había un sitio boscoso, exuberante de flora y fauna silvestre, que era utilizado en un principio por muchas personas del pueblo como área de pastoreo de ganado vacuno, asnal, porcino y caprino. Este sitio estaba aledaño al antiguo barrio Obrero. El sitio en cuestión era utilizado, como área de esparcimiento y de recreación natural, por los niños y adolescentes de la época, quienes al salir de las horas de clase del liceo Sucre y de la escuela doctor Jaime Cazorla, para recrearse en esas áreas silvestres, jugaban, en ese descampado, caimaneras de béisbol con pelotas de goma y las manos peladas como guantes. Aquellos muchachos, jugaban en las lagunas del lugar, como si fueran unas piscinas naturales que se formaban después del invierno. Allí se bañaban y retozaban. Y habría que decir, también, casi que como un jocoso secreto que estos traviesos zagaletones procuraban divertirse, sana y furtivamente, con las “María Casquitos”, que en esos tiempos abundaban en aquellos campos. Diríamos en buen español biscucuyense: “que las había por atajo”.

Fueron muchos los cráneos humanos y los huesos dispersos que los muchachos se encontraron en esas lagunas. Estos cráneos y huesos eran arrastrados por las quebradas que se desbordaban cuando llovía a cantaros, y que pasaban por el viejo cementerio. La fuerza del agua arrastraba los ataúdes con los restos humanos y se esparcían en las lagunas que se formaban después que

pasaba el invierno, justo donde está actualmente el barrio San Francisco de Biscucuy.

Fue entonces, que a principio de los años 80 el sitio fue invadido y poblado abruptamente, “a juro”, por personas y familias provenientes, la mayoría, de las parroquias: Palo Alzado, La Concepción, Villa Rosa y algunos del pueblo.

Es así, que el comienzo del barrio San Francisco, que inicialmente se le denominó Barrio Ajuro, porque fue ocupado y poblado “a juro”, sin planificación. Solo por la iniciativa propia de cada habitante, sin la autorización ni permiso de nadie. Fueron construidas las primeras casas en forma de ranchos, con techos de zinc viejos, algunos de palma y bahareque, con cercas de alambre de púa y empalizadas de maderas y estantillos.

Por tal motivo, sus invasores, el pueblo y el vulgo, lo denominaron al principio: “Barrio Ajuro”. A medida que fue poblando se hacen más casas y habitaciones construidas con bloque, cemento y techos de zinc nuevo. Y, a medida que se fue poblando y se fue formalizando la ocupación y la construcción, se le cambia el nombre por el de barrio San Francisco, con sus respectivas calles, veredas y callejones. más organizados. El barrio cuenta, actualmente, con acueductos, cloacas, servicio eléctrico y una escuela.

A partir del año 2000 se ha venido convirtiendo en un barrio de ciudad, y que ahora cuenta con ampliación de cloacas, mejora del sistema eléctrico, asfaltado y buenas construcciones.

El nombre de San Francisco deriva de un popular habitante del barrio llamado Francisco. Uno de esos fundadores, cuando al barrio se le denominaba Barrio Ajuro. Francisco, a quien todos apodaban “Pesebre”, porque siempre andaba montado en una bicicleta muy adornada, con diferentes elementos fuera de lo común. Y, además, la bicicleta tenía una corneta, que se activaba

con un dinamo. Y por eso a la gente del barrio le parecía muy jocoso aquello y le parecía que Francisco cargaba montado un pesebre sobre su bicicleta.

Lamentablemente, a este popular habitante de Barrio Ajuro lo matan furtivamente, vigiao como los animales de caza. Y jamás se supo quién fue el autor de ese crimen.

Las taparas

En un barrio del Biscucuy antaño, dos vecinas, llamadas Mamerta y Restituta, eran las más populares y reconocidas de la vecindad. Estas vecinas, por haber pasado muchas horas, días, semanas, meses y años juntas, se habían hecho prácticamente familia entre ellas, y se habían convertido en amigas de toda la vida. A tal punto, que llegaron a ser comadres, y compartían y disfrutaban de una bonita amistad.

Mamerta era partera y Restituta era yerbatera, que curaba la culebrilla y el mal de ojo. Mamerta había parido catorce hijos y Restituta catorce, también.

Cada una tenía su marido, el de Mamerta se llamaba Temístocles y el de Restituta, Próculo. Estos también llegaron a ser compadres, por sus respectivos hijos y los de sus esposas. Ambas parejas no tenían compadrazgo con más nadie, solo ellos eran compadres entre ellos.

Vivían, estos vecinos y compadres, aparentemente, muy de acuerdo y felices, hasta un día en que apareció una matica en el lindero de ambas comadres, que fue creciendo sin que nadie la hubiese sembrado. Fueron pasando las horas, los días, las semanas, los meses y los años, y la matica se convirtió en un gran árbol de taparas.

Llegado el tiempo, la matica creció y floreció. En un buen palo de tapara se convirtió, pero como dice el dicho popular: “nada es eterno en el mundo”.

Sucede, pues, que las comadres llegaron a enemistarse porque no se ponían de acuerdo con la propiedad y el derecho del palo de tapara, debido a que el palo de tapara estaba dentro del lindero de una de las comadres, y la mayoría de las taparas le colgaban más adentro a la otra comadre. Por tal desacuerdo se enemistaron, lo que llevó a dirimir ante las autoridades competentes el asunto del palo. Teniendo que mediar la ley y los jueces, para decidir y solventar definitivamente la problemática.

A todo esto, se impuso, pertinente mente, la decisión de la ley, llegándose a la conclusión; que a una de las comadres le quedaran las taparas colgando adentro de su propiedad, y a la otra el palo con taparas colgando también.

La gallina negra

A finales del siglo XX, se encuentran El Catire y su amiga Severiana, en la población de Biscucuy, una tarde cualquiera. Y al verse se saludaron efusivamente, ya que eran muy amigos y viejos conocidos. Saluda El Catire a su vieja amiga Severiana:

—¡Hola, Severiana! ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo está la familia, qué hay de nuevo?

—¡Épale, Catire! Aquí más o menos, regular, pues. Saliendo de una.

—¿Y eso, qué te pasó mi vieja?

—Pues, si te cuento, no me lo vas a creer.

—¡Cómo no te voy a creer! Sabes muy bien que nuestra amistad no es de ayer, es sincera. Además, tú no eres mujer de hablar zoquetadas.

—Pues, te cuento ¡Tú conoces a mi hija mayor?

—¡Pues, claro! ¿Cómo está ella?

—Ahorita, está mucho mejor que como se puso, gracias a Dios. Esa estuvo requetemala, por muchísimo tiempo. La tuvimos que hospitalizar, casi vivíamos allá, y no se mejoraba por nada del mundo. Hasta a un brujo recurrimos, porque no hallábamos que hacer.

—¿Cómo es eso, un brujo, y para qué?

—Acontece, que la muchacha se enfermó de un derrame vaginal, que duró 22 días hospitalizada y le dieron de alta cuando estaba un poco mejor, pero a los 15 días no vio más, quedó ciega emparo. Se caía a cada rato, por la debilidad y la

ceguera. Después se le empezaron a engarrotar los pies y las manos. Estuvo a punto de morir. Y para acabar de completar, enloqueció.

Alarmado, El Catire le dice:

—Parecen cosas del maligno, esas cosas tan terribles.

—¡Pues, claro! —Respondió Severiana—, ya desesperados todos en la casa, resolvimos buscar a un brujo y lo llevamos para que la viera, porque en su locura llegó hasta a comer basura; ella misma la cocinaba, la aliñaba y se la comía. Hasta la cabeza le daba vuelta, como en las películas de terror; nosotros, pues, atormentados y atemorizados, conseguimos agua bendita y le rociámos encima, a lo que ella gritando nos vociferaba:

—¡No me quemen, no me quemen! —decía—.

Fue, entonces, cuando, el brujo y toda la familia, nos pusimos a buscar por dentro y por fuera de la casa, y los alrededores del solar. Fue, ahí, cuando vimos una gallina negra que tenía como un mes de muerta, y yacía sobre un charco de sangre oscura.

Lo más feo fue cuando nos dimos cuenta que, a pesar del tiempo de muerta la gallina no se descomponía ni hedía. Se iba secando como una momia y, así como se ponía la gallina, la muchacha se postraba igual, se puso flaquita. De una vez, sacamos la gallina del solar de la casa y la tiramos pa el río. Y, como cosa de Dios, la muchacha fue mejorando.

Días después, cuando pensábamos que ya estaba curada, le pegó una vomitadera, que lo que le salía por la boca era como rollos de cabellos amarillos del color de los jojotos tiernos.

A todo eso, no nos quedó más que hacer y nos aferramos fue a Dios, pero después del vómito comenzó a mejorar y ya está mucho más aliviada.

A todo el cuento, dijo El Catire:

—Pues, realmente, creo que fue Dios quien sacó ese demonio que tenía poseída a tu hija. Cuando ustedes lo nombraron y lo invocaron comenzó la sanación.

—Pues, sí —dijo Severiana—.

—Bueno —le dijo El Catire—, que Dios te siga bendiciendo, sanando y amparando en unión de tu familia.

—¡Amen!... —Respondió Severiana, y se despidieron—.

Los hijos

El Catire Pancho Jiménez Duarte engendró seis hijos en tres mujeres, de los que se responsabilizó. Ayudó a criar a cinco de ellos, hasta que fueron jóvenes adultos, que le dieron nietos y bisnietos. Todos estos se sintieron orgullosos y complacidos de su padre, con sus defectos y virtudes, hasta el sol de hoy; pero a él siempre le preocupó, y sentía nostalgia y ansiedad por el último que engendró, que no crió, ni educó. Esto debido a que supo demasiado tarde de su existencia.

Este hijo fue engendrado, circunstancialmente, un día en el que andaba por cierto lugar, en sus actividades de trabajo, en una zona distante de Biscucuy. El Catire andaba por el río Saguaz, por el sector denominado Santo Cristo, la tierra que vio nacer al gran Argimiro Gabaldón. Resulta que se encuentra con una hermosa mujer de su edad, que estaba lavando ropa y bañándose en el río. Al verla, El Catire la saluda y le preguntó unos datos del sector. Notando su lozanía y frescura, por las caricias de la brisa y el río, no contuvo El Catire el llamado de la naturaleza y, muy respetuosamente, pero con la picardía de la pasión, habló con la mujer, cuyos atributos femeninos le desataron pasiones (el hombre propone y la mujer dispone). Y, entre preguntas y respuestas, ocurrió entre ambos la atracción, como la de Adán y Eva después de probar el fruto prohibido. Sin que mediaran más palabras, ocurrió el acto sin oposición de nadie, se hicieron uno solo y al abrigo de la naturaleza, del río, las nubes y el cielo como testigos, consumaron la atracción

entre ambos, propuesta por El Catire y dispuesta por la mujer, sin pensar en las consecuencias.

Satisfechas las pasiones y culminado el acto de amor sin fronteras, se despidieron hasta algún día. Cada quien tomó su rumbo. Hasta que después, luego de más de una década, se vuelven a encontrar, fortuitamente, de nuevo (el mundo parece chiquito) Resulta que, por motivos de trabajo, El Catire estaba visitando la casa de un agricultor, con quien se había entrevistado y había quedado de verse en su casa. Con este agricultor tenía un trabajo pendiente. Y cuando llegó a la casa del agricultor, lo atiende y manda a pasar adelante la misma mujer con la que había tenido el encuentro en el río unos años atrás, aquella tarde en las márgenes del río Saguaz.

Se saludaron normalmente, sin el arrebato y la pasión de la primera vez. Luego de concluida la entrevista con el esposo de la mujer, y delante de este y de los demás familiares presentes, al quedar solos, la mujer le habla, diciéndole:

—Mire, le voy a decir algo muy importante, pero no se preocupe ni piense nada malo.

—¿Qué será? —dice El Catire—.

—Mire —dice la mujer—, aquel muchacho que viene allá lejos y se está acercando, es hijo suyo.

—¿Cómo? —Responde sorprendido El Catire—. ¿Por qué me dice eso, a estas alturas?

—Pues sí, ¡Es, que no se acuerda! No más se lo digo pa que lo sepa, pero que solo quede entre nosotros. Además, quiero que me lo prometa ahorita mismo, antes de que se acerque, que mientras yo viva no se lo diga a él, ni a nadie.

—Pero ¿cómo me pide usted eso? ¡Si es mi hijo, él debe saberlo!

—Prométalo —lo increpó la mujer—.

Al Catire no le quedó más alternativa que prometerle a la mujer que guardaría aquel secreto, quién sabe hasta cuándo.

Cuando llegó el muchacho, la mujer se lo presentó, sin hacer comentarios de lo conversado y acontecido. Se saludaron y El Catire quedó muy sorprendido y consternado. Luego de que terminó la visita de trabajo y, habiéndose ido cada quien, a sus quehaceres habituales, El Catire se alejó cabizbajo y triste, rumiando en soliloquio lo acontecido con el ignoto hijo, recientemente conocido, hecho casi un hombre.

Al Catire le mortificaba y dolía haber conocido en esas circunstancias a su último hijo, en una de las tres mujeres que se los dieron.

Le dolía, en lo más profundo de su corazón, no haber podido estar pendiente de su crianza y acompañamiento, ni haberlo tomado en sus brazos cuando era un bebé. Fue una mortificación constante, que le duro días, meses y años, pero gracias a Dios retomó el contacto, desde la primera vez que se lo presentaron y lo vio.

El Catire se propuso, a partir de ese momento, ser su amigo. Iba, de vez en cuando, con cualquier pretexto, simulaba llevar algún argumento relacionado con el trabajo de su padre de crianza.

Ya, habiendo entrado en confianza con su hijo y el resto de la familia, el trato, en lo adelante, se estableció con mucha confianza, hasta el punto de decirle que le había tomado cariño y aprecio, porque veía en él a un muchacho de buena conducta y disposiciones. Le pidió, entonces, que fuesen amigos, lo que aceptó, y se desarrolló una relación sana y de respeto entre ambos.

Una vez, El Catire invitó a Florencio (que así se llamaba el muchacho) a la casa de sus otros hijos y de su esposa. Se los

presentó, previa conversación con ellos, y les dijo que traería a casa a un hermano suyo que no conocían, haciéndoles hincapié absoluto de la situación real de su parentesco de este su otro hijo. Le dijo, entonces, a Florencio que había hablado con ellos del gran aprecio, el cariño y la confianza que a él le tenían, inclusive le hizo prometer, que viera con ojos de hermano y hermanas a sus hijos, porque a él lo había llegado a querer y a sentir como un hijo de su propia sangre, por lo educado y la personalidad que en él se asomaba.

Las visitas del Catire a la casa de Florencio fueron haciéndose más regulares, pero con largos espacios de tiempo, hasta que hubo la total confianza y los familiares de Florencio asumieron que El Catire realmente, de buena fe lo apreciaba, haciéndose ya normal el trato afectivo de ambos.

Cuando El Catire solía visitar a Florencio en su casa, y la familia lo veía llegar, decía:

—Allá viene el señor amigo de Florencio, que lo quiere mucho.

Llegaba, entonces, El Catire y decía:

—¡Buenos días!

—Pase adelante —decían estos, que hasta comida le servían—.

—¿Y Florencio? —Preguntaba El Catire—.

—Por ahí está... Epa Florencio, aquí está el señor amigo tuyo.

Entonces, aparecía Florencio y decía:

— ¿Cómo está, señor Catire?

—Bien. ¿Y tú cómo estás, qué hay de nuevo?

—De todo, respondía Florencio.

Y comenzaba entre ambos una amena conversación con afecto y empatía.

— ¿Qué estás estudiando, Florencio?

— Bachillerato —respondía—.

— Qué bueno, échale pichón al estudio, que cuando seas bachiller entrarás a la universidad; es muy importante que estudies una carrera universitaria.

— En eso estamos —respondía Florencio—.

— No dejes de hacerlo, hasta que te gradúes.

— Claro que sí, señor —decía Florencio—.

— Bueno —decía El Catire despidiéndose—, que estén todos bien.

Y, se iba El Catire con la conciencia más tranquila por el trato y afecto que ambos sentían, aún sin saber Florencio que El Catire era su padre.

Hoy, Florencio es un profesional universitario, y el Catire tiene la certeza de que su hijo ya no es un desconocido para él.

Apuntes poéticos desde Biscucuy

Laberinto

Como minotauro en laberinto:
derrotado, perdido, desorientado;
tropezando una y mil veces
por caminos desandados.

Aparece la poesía
en momento crucial,
que salva al desesperado de morir
en el instante de quedar loco, tostado.

Presencia

Recordar es revivir lo pasado
que siempre estará presente,
como oleadas temporales,
en un imaginario mar.

Costumbre

La costumbre es buena y mala.

Es bella y fea.

Se ha convertido en bella costumbre

escribir poemas que me inspiras.

Venezuela

Eres mi segunda madre, patria querida,
y mi pueblo mi padre,
porque sus habitantes son mis hermanos,
hermanos de pueblo.

El naúfrago

Tu amor fue una tormenta
en medio del mar embravecido.

Pasó la tormenta, el mar está en calma;
ya no tengo miedo de naufragar.

Mamá

En mis pensamientos te vislumbro
ignota y cercana a la vez.

Siento grato placer al recordarte.
No hay tristeza, solo conformidad
y nostalgia feliz por tu ausencia física.

Gracias Dios por permitirme
haber estado siempre a su lado,
aceptándome con defectos, virtudes
y queriéndome por igual.

Tu legado es mi punto cardinal,
las alegrías y felicidad de mi vida
te las debo mamá,
porque las tristezas son mías.

Despedida

Sin querer oí de tu viaje sin retorno.

Sin querer vi tu atuendo para el viaje.

Me dolió profundamente lo inevitable.

Aún espero la cancelación del viaje.

Desierto

Siempre pienso en ti.
Llegas a mi mente,
al compás de la brisa fresca de mi pueblo.
En este calor melancólico
del desierto de mi vida.

Solo una vez

Siempre habrá una última vez.

Siempre habrá una oportunidad.

Se puede muchas veces cantar,

soñar, reír, caer y levantarse.

Pero solo se muere una vez.

El río

La vida es como un gran río,
con sus orillas.

Cada quien escoge la suya.
El río siempre permanecerá.

Pavesa

Resplandor que ilumina,
luz que me guía.

Los caminos inciertos de la noche y el día.

Resplandor que ilumina,
luz que me guía.

Los caminos oscuros de melancolía.

Resplandor que ilumina,
luz que me guía.

Las veredas tortuosas de la vida mía.

Resplandor que ilumina,
luz que me guía.

Ahora se extingue como una pavesa
y me quedo sin luz.

Perfidia

Pérfido amor que me enamoró
y me abandonó una vez más
en el ocaso de mi vida.

Estoy derramando lágrimas
que se convertirán en tinta,
para describir mi dolor
que un día pasará.

Lindero

No hay lindero para robar y amar.

Se roba lo asegurado
y el amor lo traspasa.

Recuerdo

Cuando te perdí te quedaste en mí
como ráfaga de brisa fresca.
Y te veo con los ojos del recuerdo.

Cuando tu voz se apagó
quedo grabada en cada nostálgica,
bella y rítmica canción.

Cuando tus besos se diluyeron
los renové con el almíbar
que dejaste tú en los míos.

Cuando tu presencia y aliento me falte
lo buscaré en el recuerdo.
Cuando, definitivamente, no estés
bajaré tranquilo al remanso.

Vida

Que tristeza siento en la vida
Y que alegría de haberla vivido,
sufro la enfermedad en el corazón
Que no mata la vida,
que la vivifica azarosa.

Felicidad

La felicidad es efímera.

Solo la verdad es dura como la piedra.

Instantes

Los instantes de felicidad en la vida
hacen llevaderos los de melancolía.

Te amaré

Mientras vea en cada día
lo hermoso de la vida,
el nacimiento y el ocaso del sol
te amaré.

En la compañía y la soledad
te amaré.
Te amaré en las buenas y las malas,
hasta que rinda tributo al creador.

Infinitud

Eres como el infinito que queda en el más allá
Si no fuese por el recuerdo te hubiese olvidado ya.

Lontananza

Mi primer amor quedó en el recuerdo bonito.

Amor inocente, puro y fugaz
de la adolescencia no consumada.

Lo llevo siempre en el recuerdo
como la brisa eterna de mi pueblo,
que aún acaricio en el atardecer de mi vida.

Anhelos

Anhelos pasados quedaron presentes
como nubes pasajeras en el ocaso imponente.

Borrar se deben porque no volverán
y martirizan el alma en tiempo presente.
Son recuerdos nostálgicos los anhelos pasados,
que no concretaron cuando fueron presentes.

El Náufrago II

Dejé de amarte, ahora lo sé.
Ya no duele tu desamor
Pasó la tormenta pasional.
Las olas están menos crispadas.
El mar está en calma.
Naufragaré en paz.

Poesía

Poesía es un gesto hermoso,
una frase linda, una mirada dulce,
un canto nostálgico y alegre.

Sacrificio

Sacrifiqué cosas demasiado importantes
por otras que creí menos importantes y lloré.

Decisión

Cuando se tiene que sufrir
hay que hacerlo con lágrimas,
dignidad y valentía.

Sed

Mieles amargas que retardan el trago
que hemos de beber cuando la sed atormenta.
¡oh!... que sin sabor queda después
que la dulzura y la inocencia
son babeadas por satanás.

A medias

Te quise con toda mi alma.
Ahora te quiero
con toda la mitad de la mía.
Quedó el amor partido
y sufro amándote a medias.

Ausencia

La tarde muere.

Como la tarde, la felicidad es efímera.

Solo recuerdos quedan.

Como la tarde morimos

y solo sombra somos.

Hasta que la oscuridad total

nos arropa con su manto,

cubriéndonos de ausencia.

Soledad

Debo alejarme de vientos fríos
que zumban mis espacios.

A otros espacios
donde no sean tan gélidos
y no laceren con tanto frío
mis pensamientos.

Laberinto II

Alegrías, miedos,
temores y recuerdos
danzan como mariposas,
en mi laberinto,
en noches de insomnios,
derramando lágrimas ocultas
que Dios enjugará
con su amor infinito.

Sentir

Los bellos recuerdos
son música celestial
que despiertan mi alma,
y un remanso de aguas diáfanas
donde baño mi sentir.

Fogón

Barro, piedra, topias, humo:

fragua de barro.

Piedras color ocre.

Leña al rojo vivo,

humo blanco.

Unidos forjaron mi sentir.

Lluvia

Los recuerdos fluyen
como manantial
de aguas perennes,
de inagotable fuente,
que se evaporan fugaces
y retornan como lluvias
en los avatares de mi mente.

Libertad

Sin salida,
cuando parecía verla
llegaba al mismo sitio.

Hoy de nuevo la vi,
me agarré de ella.

Soy otro ya, con el mismo cuerpo
que envejecerá mientras viva;
pero libre de la cárcel sin rejas
cuando vivía en el laberinto.

Calumnia

La calumnia es hija de la mentira
y hermana de la envidia...

Secreto

Me duele tu secreto

que crees que ignoro.

Das inciertas explicaciones.

Lo sé todo,

otros ojos vieron tu deslealtad

que igual que los míos lloraron.

Ojos de mi carne,

de mis huesos, también.

Tu voz

Mi pensamiento y sentir

atrapó tu voz sin mirarte.

Ahora te tengo sin verte.

Tu voz se quedó en mis espacios.

Como un secreto la guardó.

Como una inspiración

la llevó hasta algún día.

Final

Llegar al final del viaje
sin haber amado
es como no haber vivido.

Sin Luz

La tarde muere.

Se rompen lazos.

Se pierde conexión.

Quedamos sin luz.

Solo nos une el recuerdo.

Se pierde presencia.

La tiniebla nos borra.

Impera la ausencia.

Quedamos sin luz.

Nos vemos ausentes

de cuerpos enteros.

Sin vernos de frente.

Solo reinan tinieblas

donde existió luz

que se apagó un día,

cuando faltó presencia.

Vuelo

(Mamá)

Hace tanto te fuiste.

Ha corrido mucha agua

sobre las piedras del río.

Ha llovido tanto en la tierra.

Han pasado décadas de luna y sol.

Parece que fue ayer tu vuelo.

Dolor

Hoy mi dolor es reposado.

Coexisto con él.

Duele menos ya.

El bálsamo del tiempo lo curó.

Quedará como una cicatriz.

Desde aquel día

Desde aquel día
no he vuelto a verla jamás,
desde aquel día.
¿Será que me recuerda?
¿Será que llora mi ausencia
como yo la suya?
¿Qué será de ella?
¿Será que tiene un nuevo amor
como no lo tengo yo desde aquel día?

Marías

No hay día en que no las recuerde
y quiera tanto.

No hay día que no las mire
con el corazón y pensamiento.

No hay día que no las toque con el alma.

No hay día en que no llore sus ausencias.

Hoy

Ignoro el mañana:

no ha llegado aún.

Vendrá y concretará.

Como el de hoy

que igual terminará.

Olvido

Es tan fugaz el amor

y tan largo el olvido.

Cuando lo evoco quedo entumecido,

como naufrago en la noche

de una isla desierta.

Sufriendo por no tenerte,

habiéndote querido.

Si volviera a tener otro gran amor,

quisiese que fuese el tuyo.

Ocaso

Mi viejo amor primero
que fue nuevo cuando lo tuve,
no envejeció, solo yo.

Ahora no lo tengo.

Sigue siendo mi nuevo amor
primero en el ocaso.

Soledad II

La soledad, el rumor del río,
el trinar de los pájaros,
la fría brisa de estos parajes
en que estoy
son mi única compañía.

Libérame

Cansado me acuesto, creo dormir.

Cuando duermo no descanso.

Sueño encontrar la salida; es irreal,
vuelvo al principio.

Es un laberinto este ir y venir.

¡Oh! Dios, libérame.

Tierra nuestra

Tierra nuestra que estás en el espacio,
en la atmósfera, en el aire.

Tierra nuestra que habitamos,
nos das vida, nos alimentas,
nos proteges y nos alegras.

Tierra nuestra creada por Dios
para que la poblemos,
la protejamos, la cultivemos.

La amemos como a nuestro prójimo.

Tierra nuestra que nos provee de lo que necesitamos
para que nos formemos, vivamos, respiremos
y la cuidemos por los siglos de los siglos.

Tierra nuestra, nuestra única nave espacial.

De todos sus habitantes.

Que nos lleva en un viaje interminable,
sin pausa ni descanso,
alrededor del sol.
Y sobre su mismo eje.

Tierra nuestra de cada día,
que poco considerados somos contigo
al irrespetarte cuando talamos, quemamos,
desviamos el curso natural de tus aguas.

Depredamos a los humanos, a la fauna silvestre,
y para colmo te ensuciamos
con tanta contaminación industrial,
desperdicios y desechos.

Tierra nuestra, Dios te bendiga,
ampare y proteja...
Amén!!!

Salvación

Nacemos puros, limpios y hermosos;
no importa el origen.

En el camino se cambian los rumbos.

Nos salvamos o perdemos en el transitar.

Siempre habrá una oportunidad.

Aun atardeciendo
hay una bifurcación de salvación
ante la oscuridad total.

Agradecimiento

Gracias Dios

por fortalecerme en la adversidad.

Por enseñarme a soportar lo que no puedo cambiar
y cambiar lo que sí puedo.

Por permitir alargar mi vida y sanarla.

Por estar siempre a mi lado
aun sintiéndome solo.

Por llenarme de fe
y tener la certeza de que existes
sin haberte visto.

Gracias por perdonarme,
por lo que tengo
y por las buenas cosas que me pasan.

Luz de mil heridas

Caminé, caminé errabundo; era ciego.

Gritos alertaban mi conciencia, era sordo.

Seguí caminando y tropezando
cada vez, el mal me sujetaba.

Al final del túnel vi una luz de mil heridas.

Se esfumó la oscuridad.

Como el fénix resurgí de las cenizas
y en alumbramiento nuevo ando.

He vuelto a nacer.

Nueva y mejor vereda transito ahora,
por las que anduve perdido.

Claridad

Estuve inmerso en las sombras.
Fuerzas espirituales de fe,
esperanza, confianza y valores sembrados
me sacaron de ellas.
Heme aquí nuevamente, a salvo.
Con cicatrices restauradas,
en el alma y en el cuerpo.

Alumbramiento

Fue doloroso y perfecto el alumbramiento.

Cual Adán, perdí la gracia por desobediencia y carencias.

No sentí el calor y resplandor de la luz de mil heridas.

De nuevo vi la luz y en alumbramiento nuevo ando.

He vuelto a nacer!!!

Dios

Un nuevo amor sostiene mis columnas

a punto de caer.

Apareció de incognito.

Amor que me da fuerza

y aliento para resistir.

Es mi nuevo amor verdadero.

Es mi pasión, es mi locura, y creo en él.

Mi todo

Eres mi yelmo y coraza.

El bálsamo a mi dolor.

Mi alegría y consuelo.

Mi fuerza y constancia.

Mi esperanza y mi fe.

Mi alimento del alma.

El agua quita mi sed por siempre.

La paz de mi espíritu.

Mi calma en la tribulación y desesperación.

Mi serenidad en la angustia.

Mi conformidad en la carencia.

Mi compañía en la fatalidad.

El freno a mi debilidad.

Mi resignación en la pérdida.

Eres mi todo.

Libertad II

Soy libre.

Ya mis cadenas están rotas.

el peso de mi yugo no lo siento.

Desapareció.

Breve glosario biscucuyense

CABESTRO: es el nombre coloquial que se le da a la soga que se utiliza para amarrar el ganado vacuno y caballar.

CONVITE: jornada de trabajo de un día, realizada por más de 15 obreros en labores del campo.

DISPOSICIONERO: denominación dada, sobre todo, a los niños o a los adolescentes que suelen ser desobedientes, rebeldes y traviesos.

EMPARO: expresión coloquial que denota totalidad. Ejemplo: se cayó y se golpeó muy fuerte, y ¡quedó muerto emparo!

MACANIZADAS: nombre que se da a las calles o carreteras construidas con cemento, piedras pequeñas y arena.

¡MANÍFICA!: expresión coloquial que denota asombro. Ejemplo: ¡Manífica!, ¡me asustó ese animal!

MARÍA CASQUITOS: con este nombre suele denominársele a las hembras del ganado asnal, es decir, a las burritas de los campos biscucuyenses.

PALANGANA: con este nombre se denomina a una olla de gran tamaño que sirve para cocinar e incluso para servir comida. Es muy utilizada para hacer hervidos, sancochos o sopas.

PEONADA: denominación dada a un grupo de más de 10 obreros que se encarga de realizar labores del campo.

POR ATAJOS: expresión que significa que algo es muy abundante o que se halla en grandes cantidades.

REJO DE CUERO: especie de látigo o, soga de cuero seco de ganado vacuno.

VARA PELADA DE CAFÉ: rama larga del arbusto de café, desprovista totalmente de hojas. Y que se utilizaba, generalmente, para castigar a los muchachos traviesos.

VIGIAO: acto de emboscar a alguien, y a quien se espera por sorpresa para matarlo, robarlo o golpearlo.

Índice

Presentación	7
Dedicatoria	9
Prólogo	11
El Maestro	13
El Catire, Pancho Jiménez Duarte	25
Epidemia	33
El comerciante	37
Argimiro	41
Estrellón	45
Barrio Ajuro	49
Las taparas	53
La gallina negra	55
Los hijos	59
Apuntes poéticos desde Biscucuy	65
Breve glosario biscucuyense	123

*Biscucuy
saguazadas y memorias
digital*
de la Fundación Editorial El perro y la rana
en enero de 2026
Caracas - Venezuela





Esta compilación de relatos del Negro Merlo, *Biscucuy: saguazadas y memoriadas*, continua configurándose en la narrativa local y cultural del pueblo de Biscucuy. Esculpiendo así, la memoria colectiva de este hermoso pueblo a pie de monte, a través de personajes y lugares, que van hilando sus hechos históricos y anecdóticos, cargados de singularidad. Singularidad representada en la identidad, la idiosincrasia y la cotidianidad del Biscucuy del ayer. De ésta manera, la mirada del Negro Merlo, es, a su vez una crónica. Estas páginas son una invitación fresca y contemplativa a apreciar nuevamente a Biscucuy desde su fundación, desde sus primeros pobladores, desde sus despejadas calles y desde su mágico santuario: el río Saguaz.

FRANCISCO MERLO TORRES (Biscucuy, estado Portuguesa, 1952)

Escritor y poeta. Es también perito agropecuario. Profesión que ha desarrollado a la par de su trabajo literario. Su primer libro: *Saguazadas*, fue publicado en el año 2001, por el Instituto de Cultura del estado Portuguesa. El Negro Merlo (como es conocido en su pueblo: Biscucuy) ha participado en eventos relacionados con la historia, el arte y la poesía, tanto de su estado, Portuguesa, como a nivel nacional. Es un referente y baluarte, de la cultura y la historia de su pueblo, que siempre ha sido su lugar de residencia e inspiración. Ha recibido la distinción Pasos del Libertador, como Ciudadano Ilustre del municipio Sucre del estado Portuguesa.

